

# EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

**Sumario.** *Hija, esposa y madre* (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*Amor y duda*, poesia, por don R. Marcilla.—*Deberes de la mujer*, (continuacion), por Don Eusebio Blasco.—*Una artista*, (conclusion), por don José Muñoz Gaviria.—*Un recuerdo*, por don F. de Sawa.—*Hijo por hijo*, por doña María Mendoza de Vives.—*Modas*, por Pamela.—*Labores*, por Pamela.—LÁMINA.—Una de tapicería.

## HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE PRIMERA.

HIJA.

(Continuacion).

XXXIII.

LA CONDESA Á MME. HONORIA.

*Castillo de Montemar, setiembre de 18...*

Todo es tinieblas y dolor en torno mio, querida y buena amiga: donde quiera que vuelvo mis tristes ojos, veo la desgracia para mis pobres hijas!

El casamiento de Clara se ha deshecho... sí! César renuncia á ella y poco me importaria esto, á no ser por dos razones: la primera, porque ella le ama... la segunda, porque esta injuria que se la infiere va á desatar las lenguas de los maldicientes.

¡Pobre niña! ¡qué ha hecho ella para ser tan infeliz! Algunas veces me pregunto si me ciega mi orgullo de madre y si es menos hermosa, menos inocente de lo que yo la veo... ¡ah, querida Honoria! ¡cómo habia este amor, que llena su alma, dulcificado su carácter, y suavizado su altivez! y qué cierto es que, para ser buenas las jóvenes, necesitan ser dichosas!

Yo veia abrirse el alma de mi hija al calor de este amor, como se abre una pura y blanca flor á los rayos del sol...! yo veia brotar la risa de sus labios severos, las lágrimas de sus altivos ojos, al oír referir una accion noble y magnánima.

Año 1.—Núm. 39.

ma! muchas veces me dije:—yo fui la primera en juzgarla mal: en mi hija hay tesoros que todos desconocíamos: es generosa, es buena, es sensible y entusiasta!—¡Oh, sí! y todo esto era, y tal vez ahora volverá su carácter á ser sombrío y tenaz, porque su alma apasionada no sabrá doblegarse ante la desgracia... el amor era la luz que la alumbraba, la desesperacion es para ella el caos y las tinieblas.

Sin embargo, ha tomado esta desgracia con una tranquilidad que yo no esperaba, pero que oculta, á mi parecer, un inmenso dolor. César, ese niño novelesco y ridículo le escribió una carta muy romántica y muy hueca, diciéndole que le parecia que no congeniaban, y que creia que lo mejor para los dos era romper el lazo de su amor.

Mélida me dijo despues que Clara, al leer esta carta que le entregó una camarera, quedó pálida como la cera, muda é inmóvil: en seguida dió la carta á su hermana que la recorrió con rapidez.

—Es extraño! dijo luego: ¿qué le he hecho yo á ese hombre para que sea conmigo tan cruelmente grosero?

Y, levantándose, añadió:

—Vamos, Mélida, á ver á mamá.

Cuando entraron mis dos hijas, me alarmó su aspecto: Clara venia pálida y helada.

Mélida, encendida, llorosa y trémula de enojo y de dolor.

—¿Qué es eso? les dije: ¿qué teneis?

—Es una iniquidad! exclamó Mélida con su expansion natural: mamá, toma y lee.

Despues de pasar la vista por aquel billete fatal, me levanté poseida de indignacion.

—¡Oh! dije: es preciso que este hombre me dé esplicaciones de su conducta. No tienes padre, hija mia, y yo debo velar por tí.

—Madre mia, repuso Clara con voz cuya tranquilidad me sorprendió: es inútil que te incomodes: ¡todo ha concluido entre ese hombre y yo! El es indigno de mí, y no le volveria á mi-

24 DE OCTUBRE DE 1864.

rar, aunque le viese llorar á mis piés toda mi vida.

—¡Y harías bien, hermana mia! exclamó Mérida: quiero decirte todo lo que sé... ¡decirte que te deja por otra!

—¡Por otra! repitió Clara, cuyas mejillas se cubrieron entonces de púrpura: ¿y quién es esa otra?

—¡Valentina!

—¡Hé aquí justificado el ódio que yo le he tenido siempre! exclamó Clara: ¡oh, sí! el corazón me avisaba de que tenía en ella una enemiga mortal: pero no importa, prosiguió: madre mia, hermana... os pido la mayor indiferencia para este asunto, y que nos volvamos lo antes posible á Madrid: no os deis por ofendidas: ¡ese hombre valia muy poco para mí!

Tal fué el razonamiento de mi hija: su propósito se cumplió con la firmeza que ella emplea en todos los suyos: se sentó á la mesa tranquila y serena, y comió.

La mariscala no ha bajado al comedor, ni su hijo tampoco: mi pobre amiga, ciega de cólera al saber la determinación de su hijo—que le participó él mismo,—está atormentada por una fiebre ardiente, y delira en su lecho. César, por orden de su madre, no sale de su cuarto.

Clara parece tranquila, y, sin embargo, ha adelgazado hasta el extremo de parecer la sombra de sí misma: busca la soledad, y pasa horas enteras silenciosa é inmóvil, sentada bajo uno de los árboles del jardín: ayer tarde bajé en su busca y la sorprendí llorando, con la cabeza apoyada entre las manos: me aproximé á ella y la abracé: ella se estremeció, y luego, alzando la cabeza, dijo con voz dolorida y triste:

—¡Oh, mamá! ¡este bochorno, que ha caído sobre mí, es el castigo de lo que te he hecho sufrir!

¿Qué es lo que está herido, mi querida amiga, el corazón ó el amor propio de mi hija? Yo no lo sé, y tan pronto creo que es lo uno, como lo otro.

A no ser por la enfermedad de mi pobre amiga, ya hubiéramos vuelto á Madrid.

Ayer tarde tuve otro rato muy amargo: el alcalde, hombre probo y severo, vino al castillo y pidió verme: así que entró y me preguntó por mi salud, me dijo á quema ropa estas palabras:

—Señora condesa, mi hijo mayor, mi pobre Juan, se muere enamorado, perdido de su hija de V.: yo, ante todo, debo salvar la vida de mi hijo... ¿se la dará V. por esposa si él es rico? porque si el dinero puede allanar las distancias, yo tengo algunos amigos que me prestarán ocho ó diez talegas, que yo pagaré despues como pueda, ¡aunque sea vendiéndome como esclavo! Mi mujer, que estaba muy en contra de semejante boda, me ha hecho venir á hablar á usía, y es

la primera que cede... porque el hijo se nos vá... ella queda en la antesala!

—¡Que entre! dije muy conmovida al ver correr el llanto en desatado raudal por las mejillas de aquel labrador rudo y honrado.

Salió, y volvió á los pocos instantes con una anciana que, sin saludarme, se arrojó á mis piés, y exclamó con las manos juntas:

—¡Señora! ¡misericordia para nosotros!

La hice levantar, la consolé, y le ofrecí ir al día siguiente á su casa, para hablar de este asunto.

Durante el poco tiempo que la he hablado, he conocido la rectitud del juicio de esta mujer: su despejado talento y su exacto raciocinio, todo esto oculto bajo una grosera corteza.

Me dijo, sin rodeos, que no le agradaba semejante boda: que las señoritas de la ciudad hacían mala liga con los labriegos de las aldeas: pero que, ante todo, quería que su hijo viviese y fuese dichoso.

Esta ruda franqueza me encantó, porque hallo en ella mas lealtad que en todos los hipócritas cumplidos de nuestra gran sociedad.

Querida Honoria, la desgracia de mi hija mayor me aterra, y tiemblo por el porvenir de su hermana: creo lo mas acertado poner esta pura y delicada flor al abrigo de las tempestades, en el puerto de bonanza. ¡Sí! tendré con Mérida una conversacion formal, y si ama al hijo del alcalde, como supongo; si esta afición es sólida y razonada, se la concederé para esposa: ¡sí! ¡ya que la una ha quedado tan vilmente comprometida á los ojos de la sociedad, al menos que sea la que viva, sino feliz, tranquila al menos!

¡Adios, amiga mia! no saldré de aquí hasta que la mariscala se restablezca; por tanto, aun puede enviar sus consuelos á su desgraciada amiga,

LA CONDESA DE CAMPOVERDE.

(Se continuará).

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

## AMOR Y DUDA.

La mas oscura noche del cielo  
De tus pupilas prendió su velo,  
Y el sol, de envidia vengando enojos,  
Todos sus rayos cedió á tus ojos.  
Así es que en ellos, hermosa mia,  
Está mi noche y está mi dia.

Si cariñosos miran en calma,  
En su luz vívida se abraza el alma;  
Pero si esquivá su lumbre velas  
Mi fuego apagas, mi sangre hielas).

A preguntarte mi amor se atreve:  
¿Eres de fuego ó eres de nieve?

Puso en tu boca tan hechicera  
Su propia risa la Primavera;  
Mas el Invierno te dió rigores,  
Pues con desdenes pagas amores.  
Por eso, niña, yo que te adoro,  
Al verte rio, y al verte lloro.

«Amor-me dices-todo lo alcanza»—  
¿Quién no acaricia suave esperanza?  
«Amor es niño: su fé varía»—  
¿Quién en palabras de amor confía?  
Y así encadenas para mi daño  
Una esperanza y un desengaño.

Si es que pretendes tenerme esclavo  
Con la mudanza, tu ciencia alabo;  
Pero si juegas con mi amor ciego,  
Vé que es locura jugar con fuego.  
Y esto á decirte ya me provoca  
Que eres muy sábia ó eres muy loca.

Si á tí la ciencia fué concedida,  
En esa ciencia llevas mi vida:  
Si de locura tienes un poco,  
Tu poco juicio me vuelve loco.  
Y, pues que tuya siempre es mi suerte,  
Dame la vida ó dame la muerte.

R. MARCILLA.

## DEBERES DE LA MUJER.

(Continuacion).

### II.

El diálogo es ahora entre la niña y mamá.  
—En verdad que tia tiene razon. No vamos á ninguna parte.

—Tiene razon que le sobra. Se nos pasan semanas enteras sin salir.

—Ello es verdad que yo estoy muy bien en casa, y tengo un placer en dar gusto á Alfredo, que no quiere que vaya á reunion alguna. Pero...

—Pero eso no está bien. Alfredo es un buen muchacho, que te ama muy de veras; pero...

—Pero es muy celoso, y se le figura que...

—Iremos al Liceo.

—Sí, yo creo que debemos ir.

—Iremos.

—Mire V., allá va aquel caballero...

—¡Ah! sí. Nos saluda...

—¡Conteste V., mamá! ¡No vé V. que se está

quitando el sombrero! ¡Adios, Sandoval! Beso á usted...

—Es muy amable.

—Es muy guapo.

—Mira qué bonitos sombreros hay en este escaparate.

—¡Ah! sí, preciosos.

—¿Te gusta aquel morado?

—No lo veo, ese pollo se me está poniendo delante.

EL POLLO.—Pase V. señorita, no habia visto...

—Muchas gracias... (¡Qué amable es ese jóven!)

EL POLLO.—Creo que si se detienen ustedes mucho aquí, se van á mojar...

—¡Calle! pues es verdad, máma, comienza á llover.

—Tomaremos un coche.

EL POLLO.—Sí, sí, ¡facilillo es! ya no hay uno vacante en todo Madrid.

—¡Qué desgracia!

EL POLLO.—Pongo mi paraguas á la disposicion...

—¡Muchas gracias! (Mamá, me voy á manchar la levita!)

EL POLLO.—Si ustedes me permitieran...

LA MAMÁ.—¡Muchas gracias! (Se coloca bajo el paraguas.)

LA NIÑA.—¡Muchas gracias! (*Idem, idem.*)

EL POLLO.—¡Ah! ¡muchísimas gracias! (*Idem, multiplicado por tres.*)

### III.

Mis bellas lectoras han visto el resultado de la vuelta que ha dado Carolina. (Supongamos que la niña se llame Carolina).

Pero no saben lo mejor del cuento. Alfredo, que segun han podido comprender, es el novio de la muchacha, ha tenido la envidiable cachaza de seguir á su amada á respetable distancia, desde que su amada salió de su casa. Y Alfredo, despues de hacerse muchísima sangre en los lábios, entra en casa de su amada cuando cree que esta se ha desnudado y vestido, segun es uso y costumbre de las gentes que visten de diferente manera en cada circunstancia de la vida. Y una vez colocado frente á frente de la que adora, le dirige la filípica mas terrible que ha salido jamás de lábios de amante despechado.

Juzguen ahora mis lectoras á ese Orlando furioso.

¿Merecia Carolina reprension tan dura? Seguro estoy de que todo el bello sexo en coro dice que no.

Y el autor de estas líneas va á tener el valor inaudito de ponerse en abierta lucha con todo el bello sexo.

En guardia, y escuchen.

Alfredo es un buen muchacho, que no per-

dona medio de complacer á Carolina aun á costa de los mayores sacrificios. Todas las exigencias de Alfredo se reducen á que Carolina no sonria con cierta intencion á los pollos y esté por las noches en casa, sin acudir á los salones donde Alfredo cree que hay mil peligros para su amada. Quiere, además, el amante de la niña que esta no salude, que no mire siquiera á un caballero particular llamado Sandoval que en cierta ocasion quiso casarse con ella, sin amarla como aseguraba, pero tratando de hacer una boda de *conveniencia*. Quiere Alfredo, por último, que Carolina no haga caso á los atrevidos jóvenes que continuamente la asedian por todas partes.

Ahora bien; ¿ha cumplido Carolina con los deberes que su amante le impone? Mis lectoras acaban de ver que ha hecho precisamente lo contrario de lo que su amante desea.

Y á esto diria la misma Carolina que no por hacer lo que queda dicho, ama menos á Alfredo. Y á esto dirán ustedes, todas, que lo que Carolina ha hecho *no tiene nada de particular*.

Moralicemos.

Si esa muchacha no hubiera saludado con tanta intencion al pollo K, habria evitado que el pollo K hubiera dicho en pleno café Suizo que Carolina aprieta la mano *con cierta intencion* á los hombres; hubiera evitado que el señor de Sandoval dijera en cierta casa que Carolina todavía le miraba con buenos ojos, apesar de sus relaciones con *el pobre Alfredo*; hubiera evitado que el pollo del paraguas rondara la calle donde la niña vive, á despecho de Alfredo y en perjuicio de la *buen reputacion* que la niña cree tener; hubiera evitado que en el Liceo Piquer se burlasen de Alfredo algunos amigos de este; hubiera evitado, en fin, que las gentes la murmuraran y que Alfredo sufriese.

Mas claro aun: hubiera evitado que el bello sexo fuese objeto de una inectiva mas, y que Alfredo se pusiera en ridículo.

(Se continuará).

EUSEBIO BLASCO.

---

## UNA ARTISTA.

---

(Conclusion).

Se contemplaron: Ida no era ya la joven tímida y oscura que evitaba en otro tiempo hasta las caricias de Eugenia, y á quien el orgullo del pobre parecia dar un aspecto glacial; serena, feliz, expansiva, su hermoso rostro espesaba sentimientos mas puros y mas tiernos. Des-

pues de infinitas caricias y palabras entrecortadas, dijo al fin á Eugenia:

—Vos misma ignorais todo lo que os debemos. ¿Reconocéis este libro? Es la *Imitacion* que me disteis el dia de vuestra primera comunión. Pues bien, á este libro, regalo de vuestra mano, debemos nuestra conversión; porque nosotros éramos protestantes, y ahora somos católicos, somos hijos de la Iglesia!... Escuchad: cuando nos conocísteis, éramos muy desgraciados!... Etranjeros, pobres, sin recursos, desolados por la temprana muerte de nuestra madre y por la enfermedad de nuestro padre, no teníamos en el fondo del alma mas que amargura y desesperacion. Vuestras delicadas atenciones tranquilizaron algunas veces nuestros espíritus. ¡Es tan agradable, cuando se sufre, ser adivinado y comprendido! ¡Es tan dulce, cuando se está aislado en una gran ciudad, verdadero desierto para el indigente y el extranjero, encontrar una mirada bienhechora, ser objeto de una cordia atencion!... Vuestro libro, vuestra preciosa *Imitacion*, fué para nosotros tambien un gran consuelo. Jamás habíamos leído nada semejante; le abríamos al acaso, en un momento de pena y de angustia, y siempre encontrábamos el pasaje que podia tranquilizarnos y fortificarnos. Mi padre le leia en sus largos insomnios; Federico le abria cuando estaba sombrío y desanimado; para mí, este librito era mi refugio y mi íntimo amigo. ¡Oh! el capítulo del *Camino real de la Cruz* debe haber hecho mucho bien á las almas afligidas, si he de juzgar por mi propia esperiencia! Y despues de haber leído, despues de haber admirado, decíamos siempre: ¡Este libro es obra de un católico!

Y leíamos el libro cuarto, y añadíamos: Del amor á su Dios es de donde el autor ha sacado su ciencia de las necesidades del corazón... Y la bondad divina nos dirigia de ese modo por la mano hácia el conocimiento de la verdad.

Vuestras buenas obras, querida Eugenia, las de vuestra señora madre contribuian á darnos una alta idea de la religion católica, y aunque no estuviésemos todavía en el seno de la Iglesia, ya gustábamos del perfume que, semejante al de Magdalena, embalsama toda la casa, y que se exhala á la vez de todas las almas fieles, y de los escritos piadosos de los genios inspirados, nacia todos estos sentimientos en nuestro corazón, cuando un pariente de mi madre nos llamó á Tréveris. Entonces estábais vos en las aguas de Caüterets con el señor de Saint Dizier; no pude veros antes de nuestra partida, ni espresaros mis sentimientos, mis deseos y mis confusas esperanzas... Partimos. ¡Al marchar de vuestra casa, rogué á Dios por vos!

Nuestro regreso á Alemania fué feliz. Tréveris es la ciudad católica por excelencia, y no

nos costó trabajo el hallar un excelente sacerdote que llevase á cabo con sus instrucciones la obra que la gracia habia comenzado. Abjuramos los errores de Lutero en aquella santa Iglesia, donde se conserva la túnica de Cristo; y bajo sus bóvedas antiguas, que han visto tantas lágrimas y resonado con tantas oraciones, tuvimos la dicha de beber en los vivos manantiales de los sacramentos, y como vos, mi querida Eugenia, hice mi primera comunión. No sobrevivió mi padre largo tiempo á aquel hermoso día; espiró dulcemente mientras yo le leía en la *Imitacion* el capítulo que tanto le gustaba: *del deseo de la vida eterna*. Su muerte fué á la vez para nuestros corazones causa de amargura y alegría: no estaba ya con nosotros, pero estaba con Dios!

¿Qué mas os diré? Retirados en nuestra piadosa Alemania, hemos orado, hemos trabajado. Federico se ha hecho un buen pintor, y la celebridad, la fortuna se le han presentado á él, que no las buscaba.

Yo tambien pinto flores, y como mi hermano esponia este año algunas cosas en París, he pintado yo, como recuerdo, el canastillo de flores que me dísteis, y que contenia mi querida *Imitacion*. Esperaba ofreceros este cuadro, pero no os volví á ver en la avenida de Montaigne, y en los muchos años que han transcurrido nadie ha podido darme las señas de vuestro paradero. Vuestro *Mes de Mayo* y el catálogo de la Esposicion me han orientado.... ¡Bendito sea Dios! ¡mi hermana, amiga mia, os he encontrado al fin!

Lloraban las dos. La señora de Saint Dizier entró al mismo tiempo; las dos jóvenes, enlazados sus brazos, corrieron hácia ella, y la hicieron feliz con su dicha.

Hoy Eugenia es la mujer de Federico; Ida, que no quiere casarse, no los ha abandonado; viven en Alemania con la señora de Saint Dizier, y forman parte de esa pléyada de artistas cristianos, que parecen resucitar en nuestros días la fé, la pureza, la sencillez, el genio de Angel de Fiésoli y de la escuela de la Umbria, y que glorifican al Señor con sus obras y sus virtudes.

(Traducción).

JOSÉ MUÑOZ GAVIRIA.

## UN RECUERDO.

FRAGMENTO.

El castillo de Santa Bárbara, alzado en la ancha planicie de una cumbre, á cuya base rompen, inquietas y bravas, las ondas del Occéa-

no, es en la actualidad un monton de escombros y de ruinas.

Cuarateados trozos de mura lla rasgados y denegridos por los huracanes, entre cuyas grietas arraigan espinos, ortigas y malvas-locas; y donde se guarecen inmundos reptiles; un torreón desmochado y angular que se levanta rugoso, adherido al muro; y una triste vegetacion tapijando á trechos el terreno árido y pedregoso, cubierto de escrescencias madreporicas, es cuanto se ofrece en aquel agreste lugar á la contemplacion del viajero. . . . .

Hubo un tiempo en que aquellos muros eran sólidos, espesos y almenados; en que sobre la altura dentada de la torre ondeaba gallardo al viento un pendon señorial; en que un pesado puente levadizo crugia sus afustes bajo el peso de encubertados palafrenes; y el atalaya, cantando romances heróicos, paseaba marcialmente en el adarve, terciada la ballesta y vestido el duro arnés de batallar.

Hubo un tiempo donde en las plácidas noches de mayo, cuando la luna argenta la tierra con plateado y blando fulgor, haciendo saltar raudales de brillantes de la tersa superficie del mar, y las auras, besando lascivas los pétalos de las flores, arrancan sus mas puros perfumes saturando el túbio ambiente; oíanse, en medio el majestuoso silencio de la noche, al acompasado gemir de las turbulentas olas al deshacerse en la ribera, y el apacible murmurio del viento susurrando entre las frondas; oíanse, repetimos, los armoniosos y suaves acordes de bien tañido laud, acompañados de una voz lozana y varonil, que entonaba cántigas puras, sentidas, que vivibraban perdiéndose en la soledad, y acaso salteaban el casto sueño de la altiva castellana; cántigas apasionadas que dilataban el alma y endulzaban las cuitas de enamorado y errante trovador. . . . .

Hoy todo pasó.

Hace siglos, los que sostuvieron cortesana ó en pié de guerra aquella morada feudal, reposan el sueño eterno bajo sepulcros de granito; y las piedras que la edificaron, arrancadas de sus alvéolos al rudo embate de las tormentas, han rodado al abismo, cubriéndolas el mar.

Todo pasó.

Ni justas, ni bizarros paladines, ni cantores de la gesta, ni rendidos peregrinos trashumanes y andariegos, ni juglares, ni festines, ni torneos, ni eróticas canciones. . . . .

¡Silencio de muerte, soledad de ruinas, una tumba secular que guarda en aquellos carcomidos lienzos de piedra, recuerdos gloriosos, lúgubres tradiciones, historia de proezas, consejas

de amor. Lágrimas, ilusiones, desengaños, vanidad de vanidades deshecha por la mano poderosa de Dios, al cubrir con el sudario de los siglos, la miseria y la flaqueza de generaciones pasadas.

Una tranquila alborada, subí á las ruinas del castillo.

El mar, ese titán que ciñe á la tierra con sus inmensas sábanas de agua, parecía plata fundida, el sol se mostraba resplandeciente, y los pajarillos gorjeaban entonando su himno de gracias al Creador.

Era fresca y embalsamada la mañana.

Doraba las altas crestas de la sierra el primer rayo del sol, y fléviles barquillas surcaban atrevidas las apacibles ondas, dejando tras de sí la espumosa ráfaga de sus brillantes estelas.

La naturaleza despertaba sonriente, pura, esmaltada por las florecillas del campo que erguían sus bellos pétalos, abatidos por el rocío, al soplo gentil de las auras.

Yo conservo un gratisimo recuerdo de aquella mañana tan hermosa, tan poética.

Al evocarlo, mi corazón aspira goces infinitos, mi alma se dilata, mi imaginación vaga por venturosas regiones.

Aquel recuerdo constituye un poema de dulces emociones, de seductoras esperanzas.

Dejo consignados estos pobres rengloncillos, en holocausto humilde de mi recuerdo.

F. SAWA.

## HIJO POR HIJO.

(NARRACION DE UN SUCESO.)

### I.

En un vallecito ú hondonada que forman los pequeños ramales de una montaña dependiente del Monseny, se asienta Santa Coloma de Farnés, pequeña villa, cuyo pié baña un río de oscuro nombre. Riegan y fecundizan sus aguas á la planta de la población un bosque de álamos blancos que se extiende hasta las raíces del monte donde nacen castaños, á muchos de los cuales la industria del país priva de tronco para que suelten mejor sus varas que ha de convertir en flexibles aras.

Corona la cúspide de la sierra, cortada por multitud de torrenteras y cañadas, un desmoronado castillejo que recuerda la época del feudalismo; y al pié de sus muros, en un replano del monte, el santuario de nuestra Señora de Farnés.

La vegetación, que en algunos sitios de la montaña se compone de pinos, alcornoques y avellanos nacidos sin orden ni concierto, desparece en otros llenos de ásperas rocas entre las que solo nace ruín maleza y algún pequeño y miserable arbusto.

Tal era el sitio por donde en una apacible tarde de junio de mil ochocientos cuarenta y tres, bajaban dejando atrás el santuario de nuestra Señora de Farnés tres personas, con la prisa que la aspereza del camino permitía. La que delante caminaba era un apuesto jóven de poco más de veinte y dos años, alto, moreno, bien proporcionado y de simpática y abierta fisonomía, si bien la oscurecía á veces una ligera sombra de receloso desden, base de su carácter poco comunicativo y algún tanto desconfiado. Su traje de menstrual era del mejor corte, sino de la tela más cara: lo que denotaba que, si el jóven no podía gastar, sabía por lo menos apreciar la elegancia que tan bien caía á su airoso talante. Llevaba en la mano una rama ó plumero de pino, árbol predilecto de aquellos montes, con la que, á manera de abanico, agitaba de vez en cuando el aire, parándose para ello, y volviéndose hácia las dos personas que tras de él venían.

Eran estas dos mujeres, bella y poética la una como el amanecer de un hermoso día de primavera, sombría y adusta la otra como la tarde de invierno que anuncia una noche de tempestad.

La primera, que rayaba en los diez y siete años y que vestía como el mancebo el traje de menstrual, traje en su sexo tan sencillo como airoso y que parece formado para poner en relieve las gracias de la juventud, era algo rubia y de una tez de tan diáfana blancura que oscurecía la del nevado pañuelo de tul que rodeaba su rostro. Sus ojos azules, sin ser muy grandes, tenían tan dulce expresión que involuntariamente traían al pensamiento la que debe acompañar á la mirada de los ángeles. Su frente pensativa y su boca grave daban á su fisonomía cierto aire melancólico que, unido á la palidez de sus mejillas y á lo ligeramente descolorido de sus labios, añadían á la simpatía é interés, que naturalmente inspiran la juventud y hermosura, el nuevo encanto que la presta el suponerla herida por un oculto sufrimiento.

La otra, que contaría de cuarenta y ocho á cincuenta años, era de mediana estatura, enjuta de carnes y de esa blancura biliosa tan bonita en la juventud como el cielo en un día despejado y que el menor disgusto ú enfermedad amarillentan para siempre como se amarillenta el lienzo largo tiempo escondido.

Aunque de correctas facciones, la expresión de su rostro era severa y á veces hasta dura,

contribuyendo á ello el pequeño grupo de precoces arrugas formado entre sus finas cejas, á causa de la costumbre de recoger los párpados al fijar los ojos en cualquier objeto. Escepto los labios bastante delgados, signo generalmente de codicia y astucia, ningun rasgo característico aparecía en su semblante, pues los ojos, donde con harta frecuencia se trasparenta el alma, parecían tener un esquisito esmero en ocultar sus miradas. Vestía esta mujer un traje de lana negro, y su ancha mantilla de merino del mismo color la hubiera denotado como viuda reciente, si la negra correa que pendía de su cintura no demostrara que aquel riguroso luto no era sino el cumplimiento de un voto.

—¿Por qué te detienes? dijo de repente al jóven que se habia parado ante ella y que agitaba al aire su ramo de pino como un plumero de esmeralda.

—Porque el bajar tan de prisa os daña, respondió él; añadiendo en seguida, y como nadie nos corre, lo mismo dá llegar media hora antes que despues.

—Nó, Salvador, nó, ya sabes que hay gente mala y que no es seguro nos coja la noche en estos sitios.

—¡Pero no veis á la pobre Coloma! apenas puede respirar.

—Anda, anda, que te asustas de poco, á los diez y siete años se resiste mucho; vamos, apresúrate, que quiero llegar de dia á la capilla del glorioso San Salvador.

—¿Y por qué ese largo rodeo?

—He quedado con Eulalia en que bajaría por allí, donde ella nos aguarda; cuatro pasos mas no han de aamentar nuestro cansancio.

El jóven no replicó, lanzó una furtiva mirada á Coloma, que procuraba ocultar su fatiga, y siguió descendiendo.

El silencio era profundo y nuestros tres personajes caminaban en medio de él y á toda prisa, cuando la linda jóven que desde el momento que oyó hablar de gente sospechosa no dejaba de volver á uno y otro lado miradas asustadizas, acercóse á la anciana y asiéndola del brazo indicóle con su blanco dedo que observase por entre las ramas de un corpulento árbol.

Cerró casi los ojos la enlutada matrona y fijó á lo léjos su escudriñadora mirada. Despues, voldiéndose á la jóven, le murmuró al oido:

—Es una magnífica mula enjaezada ricamente.

—¡Ay! Madre mia de Farnés, exclamó en el mismo tono la jóven, si será de alguien sospechoso!

(Se continuará.)

MARIA MENDOZA DE VIVES.

## MODAS.

Parece que el frio aconseja los colores oscuros, ó á lo menos esto es lo mas natural; pero las damas verdaderamente elegantes no se deciden á abandonar los matices claros, como si ellos fuesen los últimos recuerdos de los bellos dias que han pasado á los cuales han sucedido lluviosos temporales.

Las artísticas modistas de París prescriben un traje de seda gris ó azul claro como modelo de elegancia, *sombreado*, por decirlo asi, con un paletot ó rotonda de terciopelo negro: de esta suerte las bellezas elegantes combinan ambos extremos: es decir, el amigo del invierno, y los risueños colores del otoño que está para espirar.

Los ornamentos de estos trages claros deben ser de tintas que hagan un contraste bien marcado.

Asi es, que un traje de tafetan ó glasé verde claro deberá llevar un guarnecido de ruches de un verde muy subido, colocados artísticamente: una pequeña blonda negra bordea estos ruches, que han de partir desde la cintura del traje, y descender serpentearo hasta el bajo de la falda.

El cuerpo de este vestido debe ser de talle redondo: dos ruches, como los de la falda, simulan vesta redonda: la costura de la manga está cubierta con un ruche y otro guarnece la parte inferior que está abierta y cortada en redondo.

Para señorita debemos recomendar un traje de popelina gris, guarnecido en el bajo de la falda por un pequeño volante color de violeta, rizado á tablas; sobre cada una de estas, se cose un pequeño boton de terciopelo; el cuerpo está sustituido por un pequeño gaban, de la hechura de un redingote completamente varonil: lleva cuello y solapas de seda violeta.

Las mangas estrechas, y de las llamadas *Juan Jacobo*, están abrochadas por cinco botones planos, de terciopelo.

Los trages con doble falda siguen con gran furor en París y Lóndres: la emperatriz de Rusia, que es una de las damas mas elegantes de Europa, ha encargado algunos á París para el tiempo que piensa estar en Niza, y son todos de dos faldas; cada una es de diferente color, pero que armonicen; algunos tienen la primera falda de rayas, y la segunda de un solo color.

Los sombreros han dejado de merecer este nombre; son graciosas papalinas, por lo peque-

ño de su hechura y la escasez de la armadura, lo que es forzoso confesar que es tan lindo como cómodo, por el gran abrigo que promete.

En cuanto á confecciones, es seguro que el paletot será la forma que impere: se hacen ya de terciopelo de diferentes matices, y para traje menos esmerado, de terciopelo de lana, y de paño fino.

Hemos visto últimamente un modelo, que era de terciopelo negro, adornado todo alrededor de ricas pasamanerías que descendían en forma de faldones por detrás, y se redondean sobre el pecho, figurando vesta figaro.

Pero las señoritas están privadas de usar terciopelo, á no ser contraviniendo á todas las reglas del buen gusto y de la verdadera elegancia; porque esta no consiste en llevar trages de un precio muy subido, sino en que sean propios de la edad y posición de la que los usa.

Una joven soltera no puede llevar otra cosa de mas subido precio que un paletot de falla negra, entretelado y forrado de seda: pequeños guipures adornan las costuras y las mangas.

Como contrapeso á esta sencillez virginal, hablaremos á nuestras aristocráticas suscriptoras de la *gran toilette* que llevaba madame de Rattazi en uno de los últimos jueves en que ha abierto sus salones.

Esta encantadora muger, tipo perfecto de belleza y de elegancia, se presentó ataviada con un delicioso traje de *moirée* rosa, con dos volantes de punto Alenzon tan espléndidos, que han costado la fabulosa suma de *sesenta mil francos*.

«Estos dos volantes—dice la revista francesa de donde tomamos estas líneas—son por su trabajo, sus flores y sus relieves, una diadema de Samper, el dios de las pedrerías y de los diamantes.» ¡Gracias al cielo que los franceses hallan algo bueno que sea español!

El cuerpo estaba adornado con otros dos volantes pequeños, retenidos por una salamandra de perlas, tachonada de brillantes, rubíes y esmeraldas, y que data del tiempo de Francisco I. Saint-Just, que habia ejecutado su peinado, lo habia embellecido con una diadema de cabellos, mezclados con pequeñas perlas finas; el resto de la cabellera estaba encerrado en una redcilla de perlas; por pendientes llevaba dos perlas finas, largas como el dedo meñique, adornadas de hojitas de vid, de brillantes.

Terminaremos hoy con esta ojeada á tan espléndido traje, y para la próxima revista os promete lindas novedades

PAMELA.

## LABORES.

Los dos graciosos modelos, que representan nuestro grabado, pueden servir para diferentes usos.

El primero es lindísimo y á propósito para tapete de mesa, pues es sabido que los de esta clase disfrutan hoy el privilegio de la moda: un tapete, ejecutado á la aguja, cuesta un precio fabuloso en Paris, donde únicamente se venden terminados: hemos visto en los grandes almacenes de tapicería de la *rue Vivienne* algunos del tamaño mas pequeño, esto es, para un velador, por los que exigen dos mil francos.

Una señora ó señorita puede lograr esta rica y elegante prenda, consagrando á su ejecución solo dos horas cada dia ó cada velada, y obtenerla á muy poco coste: para este fin les presentamos este lindo y fresco dibujo que es, por otra parte, de facilísima ejecución.

Puede servir tambien para tapicería de muebles, ejecutado todo en lana, haciendo el fondo azul de cielo, ó color de madera, si se desea algo mas oscuro.

El segundo dibujo es tambien á propósito para sillería, para almohadones, y para alfombra de dormitorio, de esas que se colocan delante del lecho: el cañamazo y el grueso de las lanas varia, segun el objeto á que se le destine.

Las colchas de cama de tapicería empiezan á hacer su *debut* en Paris con los primeros frios: hoy son mas elegantes que las de damasco y terciopelo, y las poseen muy pocas personas por su excesivo coste: pero dos ó tres lindas hermanas podrán ejecutar en breve tiempo un rico tapiz para adornar y abrigar el lecho maternal.

En tal caso, el primero de estos dibujos podrá servir para la cenefa del cobertor y el segundo para el fondo.

Terminado, se forrará en tafetan verde y carmesí, ó bien del color del fondo: si se quiere ofrecer como don de amistad, será un regalo régio, y de esos cuyo mas precioso mérito consiste en haberlos ejecutado una mano cariñosa.

Aconsejamos á las señoritas que dediquen en el invierno algunas horas á esta labor para que vean brotar bajo sus delicados dedos las flores que nos niega la naturaleza.

PAMELA.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSE MARCO.

MADRID: 1864.—Imp. española, Torija, 14.